Sólo te salvará tu cerebro

Nos guste o no, de cejas para abajo somos unos animales. Lo siento.

En lo físico, somos un conjunto de órganos sustentados por un esqueleto y forrados por una piel, con unas aptitudes físicas muy limitadas.

A diferencia de otros muchos animales, no podemos volar. Nuestra capacidad pulmonar, cuando nos sumergimos en esa inmensa masa de agua que ocupa las cuatro quintas partes del planeta, en el mejor de los casos no excede los cuatro minutos. Limitados a la superficie terrestre, el más rápido recorre 10.000 metros a unos veintidós kilómetros por hora: somos muy lentos. Nos cuesta soportar grandes pesos, grandes fríos y calores, grandes déficits de agua. Y por si esto pareciera poco, nuestro desarrollo es desesperante: con suerte empezamos a andar a los diez meses, y durante un mínimo de cinco años nuestra supervivencia depende absolutamente de los adultos.

Y sin embargo, y a pesar de tantas deficiencias...

los humanos somos la imperfección más perfecta.

Hoy, los casi siete mil millones de personas que poblamos este planeta perdido en un incomprensible y desconocido infinito somos los herederos de una raza de gloriosos homínidos que hace seis millones de años empezaron a evolucionar por un solo hecho: tuvieron la capacidad de formularse ingenuas pre-

guntas, gracias a las cuales empezaron a encontrar ingenuas respuestas.

En nuestro siglo XXI, en su esencia todo sigue igual. Una parte determinante de nuestra vida depende de nuestra capacidad para hacernos preguntas que sólo podemos respondernos de dos maneras:

- Aceptando las respuestas precocinadas y enlatadas por otros.
- Poniendo a trabajar nuestra máxima y más sublime capacidad, la cerebral, para así formularnos nuestras propias respuestas.

Conseguirlo, a veces, no es fácil, pero te aseguro que en cualquier caso y circunstancia resulta maravilloso.

- Tendrás que activar las inquietudes que hoy te mueven.
- Deberás exprimir toda la experiencia y la información de vida y conocimientos —cualesquiera que sean— que hasta hoy llevas acumuladas.
- Y todo ello, envuelto en la atmósfera de tu personalísimo e intransferible momento.

Quien no se hace sus propias preguntas, no construye su camino: sigue el que otros le trazaron.

Todo empieza y todo acaba en nuestro cerebro. Sólo ahí es donde están latiendo nuestras preguntas y nuestras respuestas.

Sin embargo, es habitual dedicar mucho tiempo al entretenimiento y poco al discernimiento.

Llevamos el cuerpo al gimnasio y, mientras tanto, dejamos el cerebro descansando en la taquilla del vestuario.

Tenemos tiempo para sacar a pasear al perro,
pero no lo tenemos para sacar a pasear el cerebro.

Lo físico nace, se desarrolla, languidece y acaba.

Lo cerebral nace, se hace, se potencia y sus efectos pueden permanecer durante generaciones.

Este libro no es para seguidores continuistas de los dictados de otros. No es un libro para aceptadores entregados. Ni tan siquiera es un libro de autoayuda.

Tú puedes es un libro de autoconvicción.

Sus principios, teorías y visiones del futuro sólo persiguen un fin: agitar y tensar tu cerebro para que puedas mostrarte a ti mismo lo muchísimo de lo que eres capaz. Para que te hagas infinidad de preguntas. Para que cojas conciencia, habilidad y orgullo de que lo que realmente te hace y construye es tu propio cerebro.

Los humanos somos cerebros que llevamos colgando un cuerpo.

Teoría de la oportunidad: «triunfar es llenar vacíos»

Toda idea tiene un propósito: llenar un vacío.

Cuando esta idea se acepta y consolida, se convierte en creencia.

Toda creencia lleva incorporada la expectativa de una gratificación o premio.

Triunfar es llenar de forma gratificante un vacío.

Al principio de los tiempos, todo era naturaleza vacía de ideas.

La evolución del cerebro de un mono hizo que fuera ampliando sus instintos básicos, iniciándose un proceso de generación de ideas que le fueron permitiendo alcanzar una subsistencia superior a la meramente animal: las armas de caza, el fuego, la agricultura y la ganadería...

Pasados seis millones de años, en su esencia nada ha cambiado.

La vida de los habitantes de cada uno de los territorios del mundo, con sus gigantescas diferencias, es el resultado de las creencias con las que han ido rellenando sus vacíos.

Visiones distintas en las creencias políticas, religiosas, sociales y económicas, con parámetros de libertad e imposición bien distintos, marcan el ritmo vital de los siete mil millones de pobladores de la Tierra.

Ante tan grandes diferencias, que en ocasiones llegan a radicalizaciones extremas, la pregunta es... ¿cómo y cuándo se implanta una nueva creencia?

Todo depende de la densidad de la satisfacción media y del momento en que se quiere penetrar. Todo depende de la oportunidad.

No le des más comida al saciado.

No le propongas un nuevo amor al enamorado.

No le hables de nuevas eternidades al creyente convencido.

No es el momento.

Cada uno, a su manera, está lleno: su densidad de gratificación es importante y por ello no tiene conciencia de vacío.

La oportunidad es saber llenar un vacío en el momento sensible.

Triunfar es saber llenar vacíos.

Así se generan las grandes conquistas: en las relaciones personales, sociales, políticas y, por supuesto, en las comerciales.

Cuestión bien distinta es cuando un vacío sólo está invadido por esa atmósfera asfixiante denominada «el temor».

El temor se genera y crece cuando se produce la ausencia de lo vital. Y cuando este temor se convierte en colectivo, estalla el pánico.

Nada favorece más la consolidación de una creencia que el vacío asfixiante; cuando los pensamientos están dominados por la supervivencia, que es el último instinto al que todo ser humano renuncia.

Y es entonces y SÓLO ENTONCES cuando se propicia la implantación de nuevas creencias: cuando no existe suficiente densidad personal, política o social que soporte una vivencia mínimamente dig-

na; cuando el vacío, que es la inseguridad, hunde a los humanos.

Es en estas circunstancias cuando se crea el caldo de cultivo para el éxito de los hipotéticos grandes salvadores, cuando implosiona la densidad del ámbito y estalla el momento.

Precisamente por eso, es en las épocas de crisis colectivas —y también en las personales— cuando más atento se debe estar a los nuevos salvadores, porque mientras los que visualizan como fin máximo la bondad ayudan a flotar, aquellos que por encima de todo persiguen su efímero poder transitorio, siempre acaban ahogando a sus seguidores.

Sabios aquellos que, en los grandes temporales, saben rellenar sus vacíos de subsistencia con su propia entereza, ética y dignidad.

¿Sólo tienes objetivos? Aquello en lo que desees TRIUNFAR conviértelo en tu PASIÓN

Una importante evidencia de estar mentalmente vivo es el deseo de convertir en realidad determinados objetivos. Desde cumplir un presupuesto de ventas o proyectar un viaje hasta enseñar a un loro a repetir cuatro sandeces, la lista de deseos, además de personal e intransferible, bordea lo infinito.

Pero no nos confundamos: tener objetivos es una vulgaridad necesaria para el mantenimiento y la subsistencia cotidianos.

Un objetivo es una conveniencia pasajera. Una pasión es el fundamento de nuestra existencia, aquello que nos sostiene y sobre lo que nos construimos.

Objetivo es hacer deporte. Pasión es ser campeón.

Objetivo es ser bueno. Pasión es ser el mejor.

Objetivo es imitar. Pasión es crear.

Objetivo es tener amistades. Pasión es amar.

Objetivo es hacer. Pasión es liderar.

A un objetivo se le asignan preferencias: en la gestión del tiempo, la absorción de conocimientos y el despliegue de habilidades y control de avances,

parálisis o retrocesos que acompañan a toda consecución.

A una pasión se le transfiere obsesión, que significa todo lo acabado de describir pero llevado al límite de nuestra humanidad, allí donde somos conscientes de que no podemos hacer más.

Un objetivo se siente en la piel. La pasión penetra e invade el alma, que es como, desde la ignorancia envuelta en poesía, llamamos a la parte más sublime de nuestro cerebro.

¿Cómo se sirve a una pasión?

Teniendo constantemente orientados nuestros cinco sentidos-antena (vista, oído, olfato, gusto y tacto), más la sexta antena liberada (esa que llamamos «la intuición»), a captar cualquier vibración que, por mínima que sea, entendamos que nos puede servir.

Una pasión es una obsesión que acompaña desde que uno se levanta hasta que se va a dormir. Pero en el sueño tampoco hay descanso ni demora, porque la pasión exige libreta y bolígrafo en la mesita de noche.

Vivir para hacer posible una pasión nos pide estar rodeados de apuntes, notas, referencias... porque si la carne es débil, el cerebro, en su faceta «archivo», a veces es olvidadizo.

Para acabar, condición indispensable para concretar una pasión es tratar de sintetizarla en las mínimas palabras. Si pueden ser dos, que no sean tres. Y si son tres, habrá que exprimir el cerebro para que no sean cuatro.

Cada nueva palabra posibilita un maldito freno, una limitación o una diferente interpretación.

Un objetivo puede ser elástico y dúctil. Y a veces conviene que lo sea.

La pasión es hermética e innegociable. Y cuando deja de serlo, se transforma en una conveniencia.

¿Hasta dónde hay que llegar?

Cada uno tiene su propia respuesta. Definitivamente única. Definitivamente intransferible.